

DIOSES, MITOS Y SUPERSTICIONES DEL MARXISMO

Jesús Avelino DE LA PIENDA

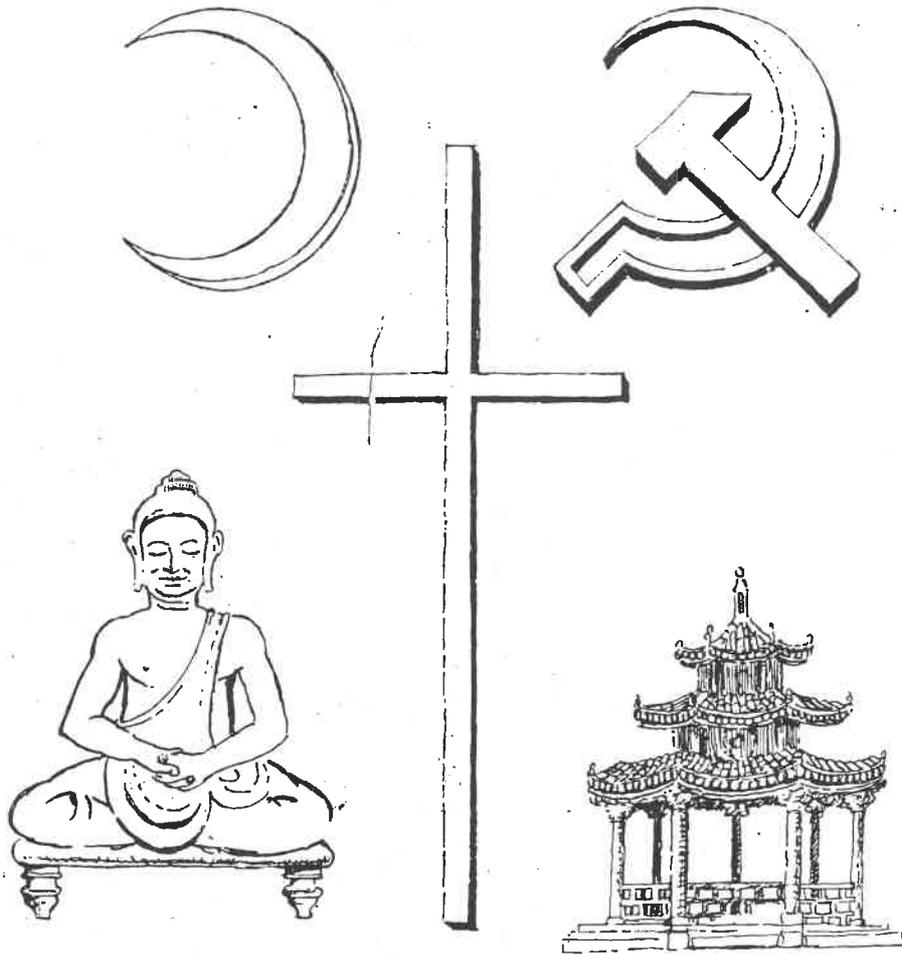
Es una tesis fundamental del Marxismo el que el materialismo dialéctico y el materialismo histórico constituyen una visión científica de la sociedad, de la historia y del Universo en general. Es más, no se conforma con ser una teoría científica más. No. Tiene pretensiones de ser la visión científica definitiva e infalible de toda realidad. Con su venida e implantación irán desapareciendo todas las formas no marxistas de organización social y de la cultura en general. Desaparecerá el Capitalismo con su propiedad privada y todas las creaciones culturales que de él han nacido: su Arte, su Filosofía, su Derecho y su Estado, la división de la sociedad en clases y su lucha, toda forma de religión, etc.

Un «hombre nuevo», una «nueva sociedad», surgirá de las ruinas de esa «vieja sociedad». En ella el hombre regirá su vida única y exclusivamente con criterios «científicos»: los del materialismo marxista. La religión con sus dioses irá desapareciendo progresivamente a medida que esos criterios del materialismo marxista vayan calando en las mentes. La nueva sociedad será radicalmente atea. El «hombre nuevo» del Marxismo no tendrá ningún tipo de divinidad, porque su situación social de justicia y de libertad no le hará sentir la necesidad de recurrir al auxilio de los dioses. Será un hombre sin dioses y, por eso, plenamente hombre.

Esto es lo que Marx, Engels y demás teóricos del Marxismo predicán y profetizan. Esto es lo que el Marxismo, entre otras cosas, dice de sí mismo.

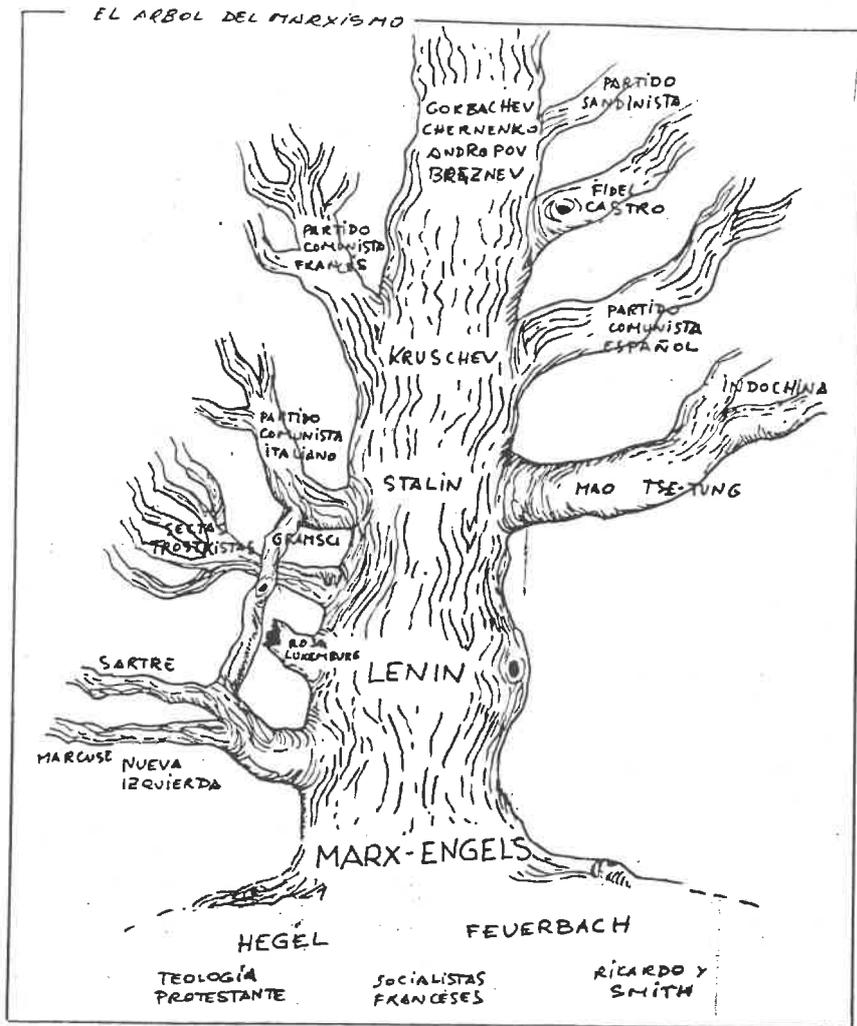
Pero lo que el Marxismo diga de sí mismo no tiene por qué coincidir necesariamente con lo que es en realidad. Desde una actitud científica de observación y análisis, todo el mundo sabe que para valorar a una persona no debemos fiarnos demasiado de lo que ella diga de sí misma. Es más, el mismo Marx nos aconseja seguir ese criterio cuando dice:

«Del mismo modo que no podemos juzgar a un individuo por lo que él piensa de sí mismo, no podemos juzgar tampoco a una época de revolución por su conciencia, sino que, por el contrario, hay que explicarse esta conciencia por las contradicciones de la vida material, por el conflicto existente entre las fuerzas productivas sociales y las relaciones de producción» (Marx-Engels, 1975, I, p. 348).



Símbolos de las grandes religiones actuales. Como dice M. Eliade (1970, p. 379), «*las cosas, al convertirse en símbolos, es decir, en signos de una realidad trascendente, anulan sus límites concretos, dejan de ser fragmentos aislados, para integrarse en un sistema; más aún, pasan a encarnar, a pesar de su carácter precario y fragmentario, todo el sistema en cuestión*». Cada uno de estos símbolos representa así toda una visión sacral del mundo. En cada uno de ellos lo sagrado tiende a invadir todo y lo profano tiende a ser eliminado. Es lo que Eliade llama el «*imperialismo de las formas religiosas*». El Marxismo, con su Hoz y Martillo, debe ser contado entre esos imperios de lo sagrado.

Pues bien, no encuentro razones para considerar al Marxismo como una excepción a esta regla. Veamos, entonces, si es tan «científico» y «ateo» como él mismo dice o más bien se trata de un lenguaje-máscara tras el cual se esconden realidades muy distintas de las que aparenta expresar. Analicemos los fundamentos de sus teorías y, sobre todo, sus comportamientos. Podría suceder que su visión «científica» del mundo se quede en mero cientifismo, y que su ateísmo sea sólo una cara de una nueva religión. El caso no sería nada nuevo, ya que el ateísmo es un elemento esencial a todas y cada una de las religiones: cada religión, en efecto, es atea respecto a los dioses en los que no cree y es atea respecto a esos dioses precisamente porque cree en otros.



(McLellan: K. Marx. *The legacy*, 1983, British Broadcasting, Corporation.
Trad. 1984, p. 9, con retoques).

Pero ¿acaso en el Marxismo hay dioses? ¿Acaso el marxista es un creyente en nuevas divinidades? ¿Acaso su visión «científica» de la realidad puede quedarse en una nueva interpretación metafísica y religiosa? ¿Acaso la conducta del marxista se puede encuadrar en la mismas estructuras de comportamiento de los creyentes de otras religiones?

La respuesta a estas y a otras muchas cuestiones son abordadas en un amplio análisis y con abundante información gráfica, en el trabajo, ya en



Para un cristiano, un judío, un mahometano, Dios, Jahvé, Alá, es el Creador de todo cuanto existe. Para el marxista, todo cuanto existe es Materia y sólo Materia y élla tiene el poder creador de todas las cosas; élla es la «Creadora del Cielo y de la Tierra» (Lenin, XIV, p. 235). Ella es absoluta, una, dialéctica, increable, indestructible, infinita, eterna, inmensa, inagotable. Es la Diosa metafísica del Marxismo.

imprensa, que publico bajo el título: **¿Es el Marxismo una religión?** A él remito al lector. Con el presente artículo sólo quiero adelantar al público un resumen y algunas de las principales conclusiones de ese trabajo.

La obra se divide en tres partes. En la primera se presenta un análisis del panteón de los dioses del Marxismo que, jerarquizados según la lógica con que funcionan en la fe del creyente marxista, son los que siguen.

En primer lugar (Capítulo I) y desde el punto de vista de la construcción de la teoría marxista, está la diosa **Materia**. Ella es el supremo valor absoluto y se le atribuyen una serie de cualidades que coinciden, no sólo terminológicamente, sino también en su contenido, con los atributos fundamentales que el creyente religioso, sobre todo el de las grandes religiones monoteístas, afirma de su dios. Esas cualidades son también las mismas que Hegel, anteriormente al Marxismo, atribuía al Espíritu Absoluto.

La Materia es absoluta, única, principio y fin de todas las cosas, con un poder creador que descansa en su carácter dialéctico, es infinita y eterna a la vez que espacio-temporal; es inmensa, increable, indestructible e inagotable (Véase Steussloff y otros, 1974, pp. 124 y 135). Algunos incluso la califican de «santa» (Lenin, XIV, p. 235).

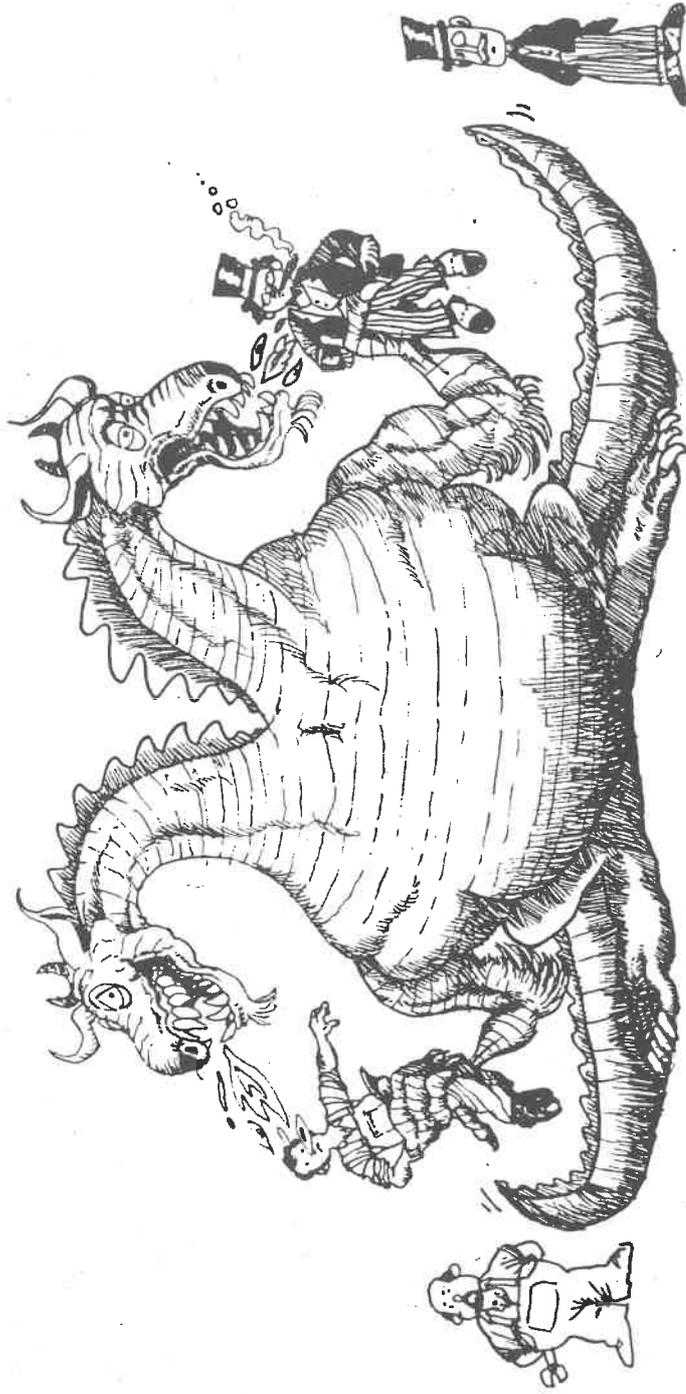
En segundo lugar (Cap. II), está la diosa **Revolución**, que es, no obstante, la diosa principal desde el punto de vista de la praxis marxista. Como tal Revolución es, dentro de la teoría general, sólo un momento interno de la evolución dialéctica universal de la Materia. Pero en la praxis del creyente todos sus bienes, incluso su propia vida, si llega el caso. Morir por la Santa Revolución es el más alto honor a que el marxista puede aspirar.

El «*Espíritu Revolucionario*» es algo así como el Espíritu Santo al Marxismo. El es la fuerza divina en la que tiene origen y de la que se alimenta toda la religiosidad y la mística marxistas. Por eso, ser «*contrarrevolucionario*», ser «*reaccionario*», es el pecado más grave que se puede cometer ante la conciencia de un creyente marxista. Es un pecado imperdonable, como el «*pecado contra el Espíritu Santo*» en el Cristianismo.

Por todo ello, la Revolución marxista se revela como una nueva «*Guerra Santa*» en la que se repiten la misma lógica de justificación y pautas de comportamiento de las antiguas «*guerras de Yahvé*» en la Biblia, de la Guerra Santa de Alá y su profeta en el Corán, de las cruzadas del Cristianismo, o de las reciente Guerra Santa de Jomeini.

La Revolución tiende a sacralizar todo en función de sí misma. Sacraliza todo cuanto toca. Se vuelve sagrado todo cuanto participa en ella: los revolucionarios que mueren por ella se convierten automáticamente en «*héroes*» o santos; las ciudades y campos donde se libraron sus batallas son también declaradas «*heróicas*» (Borzúnov, 1985); los fusiles, los cañones, toda clase de armas que se usaron para defenderla y hacerla triunfar son tenidos como sagrados y son objeto de culto.

El «*Espíritu Revolucionario*» lo quiere invadir todo: el arte, la ciencia, el Estado, toda clase de creación humana. Su fuerza purificadora no quiere dejar elemento cultural alguno sin tocar.



Esta imagen quiere expresar lo que la Revolución realmente significa para sus creyentes y sus incrédulos o enemigos: a éstos los devora por ser contrarrevolucionarios y a los primeros por ser revolucionarios. A unos como «*buenos*» y mártires; a otros como «*malos*» e «*infieles*». Al final, se los engulle a todos.

En tercer lugar (Cap. III), está el divino **Partido**, único depositario infalible de la teoría marxista y del «Espíritu Revolucionario». Nace y se perpetúa en función de la Santa Revolución, pero él es la fuerza ejecutiva suprema. No hay garantía de autenticidad de la teoría marxista ni de la Revolución fuera del Partido. Se le describe como algo trascendente, providente, omnipotente, inmortal, uno, centralista y jerárquico, dueño absoluto de cosas y personas, irremplazable, infalible y que, por todo ello, exige a sus miembros una adhesión incondicional, es decir, religiosa.

El es el único representante verdadero del Proletariado o Pueblo. Los verdaderos intereses del Proletariado son, por tanto, los que le convienen al Partido: esos intereses son buenos y sagrados por ser del partido y, por eso mismo, lo son del Proletariado y de la «nueva» Humanidad, que de él ha de nacer.

Esta divinización del Partido y esta reducción de los intereses de la «nueva» Humanidad a los del Partido hace que éste actúe con **poderes absolutos** sobre sus creyentes, portándose y siendo aceptado como el Juez Supremo del Bien y del Mal.

Todos estos atributos divinizantes no son invención mía. Todos y cada uno están sacados de los escritos de los fundadores y dirigentes del Marxismo. Ellos lo dicen, yo sólo lo constato.

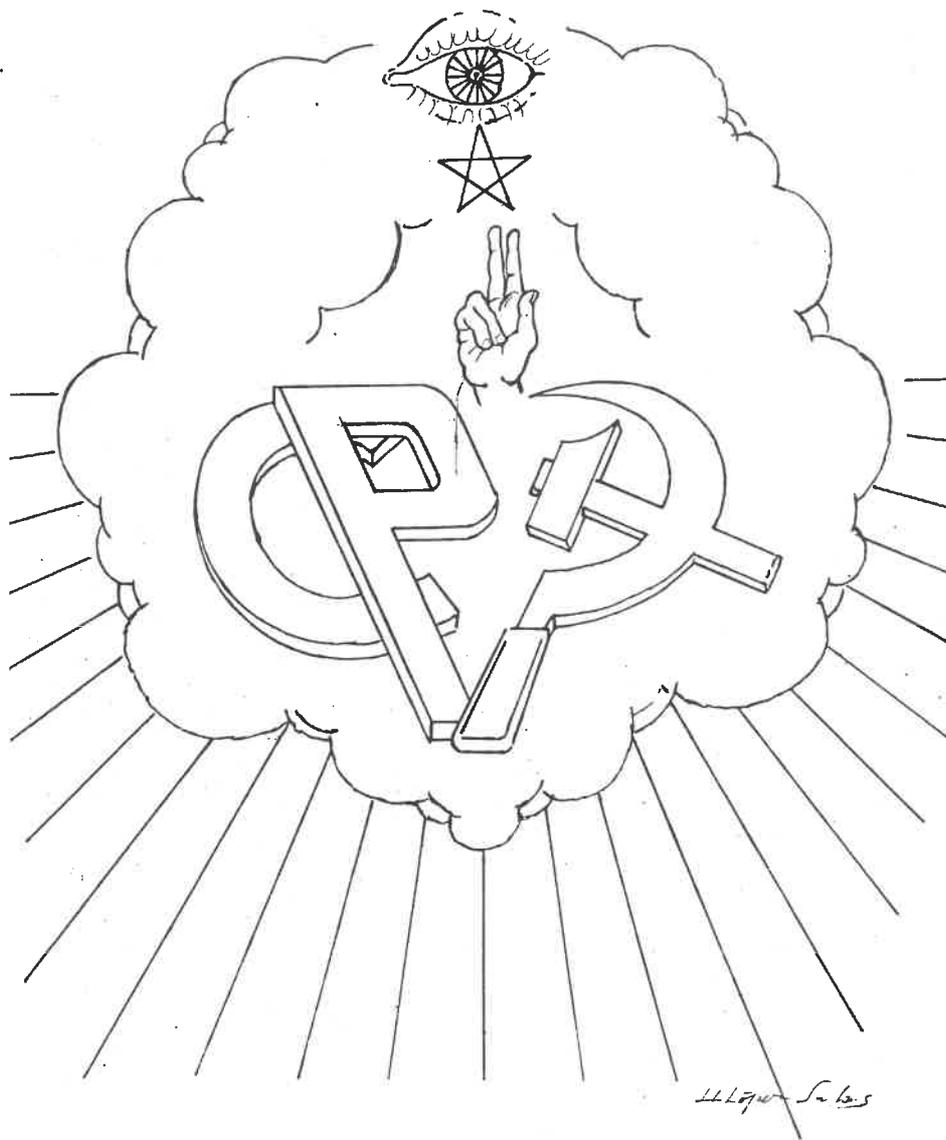
En cuarto lugar (Cap. IV), aparece la mitificación del **Proletariado**. Este es presentado como el nuevo redentor de la Humanidad, el «nuevo cordero de Dios que quita los pecados del mundo», el nuevo «Crucificado», que hará morir con su propia muerte todos los males de los hombres. El es la nueva y única clase social que nace inmaculada (Inmaculada Concepción), incorrupta, y la única que, una vez en el poder, será incorruptible. Es el «resto» bueno que queda de la «vieja» Humanidad y del que nacerá la «nueva».

Pero toda esta misión salvadora universal no podría llevarla a cabo, dicen los teóricos marxistas, sin la doctrina que ellos aportan y sin la dirección del Partido Comunista. La doctrina que le guiará no nace de él mismo; es algo que le viene de «afuera», de «lo alto»; es algo que le es sobrenatural; algo que sólo los teóricos marxistas y el Santo Partido, inspirados por el Espíritu Revolucionario, le pueden aportar. En ese sentido, la doctrina marxista es para el obrero una especie de «doctrina revelada».

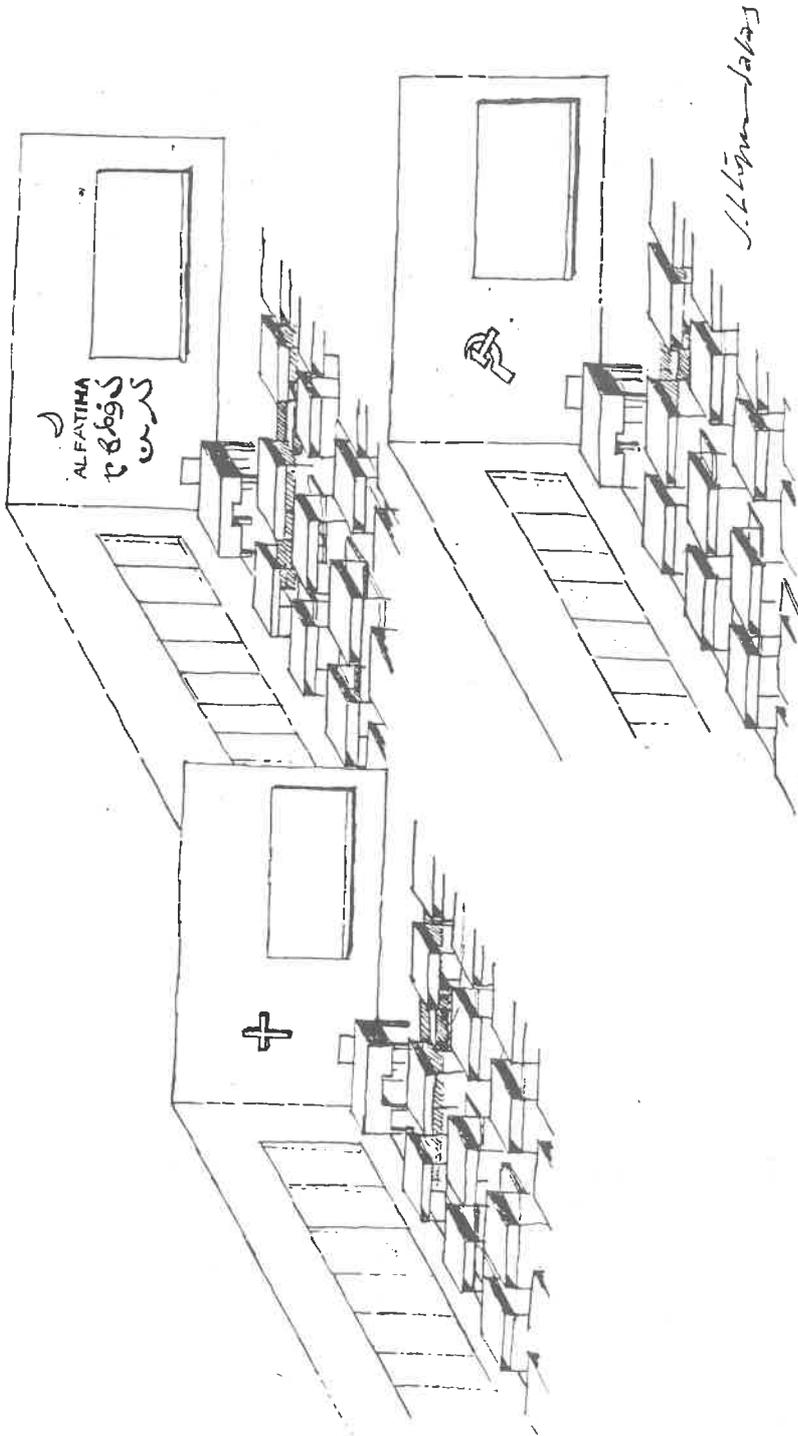
El Proletariado, una vez en el poder, establecerá un gobierno que será dictadura para los no creyentes y será la única verdadera democracia (teocracia) para los fieles creyentes. Algo similar a lo que sucede con todas las religiones que se hacen con el poder político.

Será democracia porque será el gobierno del verdadero Pueblo. Pero el verdadero Pueblo se reduce al Proletariado y el verdadero Proletariado se reduce a los creyentes en el Marxismo. Total, que será la democracia de los creyentes marxistas, que, por exigencias de su misma fe, es la más dura de las dictaduras para todos los no creyentes o «paganos».

En quinto y último lugar (Cap. V) está el mito del Pueblo, reduccionista y maniqueamente entendido, como en el caso del Proletariado. Decir «Pueblo»



El Partido es trascendente (a los obreros), es providente respecto a sus vidas; es omnipotente en relación a sus necesidades; es inmortal, uno, centralista y jerárquico, dueño absoluto de cosas y personas, irremplazable, infalible y, por todo ello, exige a sus creyentes una adhesión incondicional.



La influencia de la fe religiosa tiende a alcanzar todas las manifestaciones de la vida humana y sus símbolos tienden a hacerse omnipresentes. Donde el cristiano pone la Cruz o el mahometano un texto del Corán, el marxista pone la Hoz y el Martillo.

es decir algo sagrado. Ser «*enemigo*» del pueblo es una de las peores acusaciones de que se puede ser objeto en las legislaciones marxistas. La «*voz del Pueblo*» es algo infalible. Los «*deseos del Pueblo*» son órdenes. «*Morir por el Pueblo*» es el más alto honor. De ahí que el culto al Pueblo es un deber sagrado. De esta forma, el mito Pueblo se convierte en una de las razones argumentales que con más frecuencia se repiten en los textos y discursos de teóricos y dirigentes del Marxismo.

Este culto al Pueblo, a «*lo popular*», se manifiesta, entre otras cosas, en un culto a la vulgaridad, que se puede observar, por ejemplo, en las formas de vestir de estos creyentes. Por otra parte, el culto al Pueblo se reduce en último término al culto al Partido y a su Revolución. Y es que no todo el mundo es Pueblo. Un «*burgués*», un «*capitalista*», un cura, etc., no son Pueblo, mientras no se conviertan al Marxismo. Quien se oponga al Marxismo, al Partido Comunista, se opone, por ese sólo hecho, al Pueblo. Quien se oponga al obrero o proletario se opone al Pueblo. Pero no es proletario o verdadero obrero el que se opone al Partido. De ahí la lógica reduccionista que utiliza el teórico y el creyente marxista: Pueblo=Proletariado=Creyentes marxistas.

De esta manera, Materia, Revolución, Partido, Proletariado y Pueblo son las cinco divinidades que constituyen el panteón de los dioses marxistas. Lógicamente (lógica religiosa) estos dioses, como en otras religiones, tienen sus anti-dioses o encarnaciones mitificadas del Mal. Se podría hacer este esquema:

DIOSES

1. Materia
(Materialismo)
2. Revolución
3. Partido Comunista
4. Proletariado
5. Pueblo

ANTI-DIOSES

1. Espíritu
(Idealismo)
2. Contrarrevolución o reacción
3. Otros Partidos e Iglesias
4. Burguesía capitalista
5. Enemigos del Pueblo*

Es decir, se cree y se habla del Idealismo, de la Contrarrevolución o Reacción, de otros Partidos e Iglesias, de la Burguesía Capitalista y de los Enemigos del Pueblo como si de verdaderos fetiches negativos o personalidades malignas se tratara. Se las mira con odio y como enemigos irreconciliables contra los que hay que luchar sin cuartel.

Esta Primera Parte del trabajo termina (Cap. VI) con un análisis de los postulados de la teoría marxista y se pone de manifiesto cómo el pretendido carácter «*científico*», que los marxistas reclaman para ella, se queda en mero cientifismo. Es decir, la teoría marxista pretende ser la interpretación científica definitiva y única verdadera de la sociedad, de sus leyes y de todo el universo.

Pero, dado que su Sociología tiene como ideas-base esas cinco divinidades antes descritas, resulta que sus aspiraciones científicas se quedan en eso, en meras aspiraciones y en un cientifismo en el que el calificativo de «*científico*» se queda en mero ropaje que oculta una nueva metafísica y una nueva religión.

PANTEON MARXISTA



Dice Marx en *El Capital* (MEW, Bd. 23, 1971, p. 86): «En la nebulosa región del mundo religioso... los productos del cerebro del hombre toman el aspecto de seres independientes, dotados de cuerpos particulares, comunicados con los seres humanos y entre sí». Pues bien, en la nebulosa región del mundo religioso marxista esos productos también toman el aspecto de seres concretos, aunque de carácter colectivo e impersonal, como la Materia, la Revolución, el Partido, el Proletariado y el Pueblo, que constituyen el Panteón de esta nueva religión. La Hoz y el Martillo, el Color Rojo y la

Estrella de Cinco Puntas constituyen sus símbolos más representativos.



Los dioses del Marxismo exigen a sus creyentes la adhesión total, como en el caso de Jahvé respecto a Abrahán. Han de estar dispuestos a sacrificar sus propias vidas y las de sus seres más queridos, si los intereses de la divinidad lo exigen. Esto se pone especialmente de manifiesto en el caso de la diosa Revolución: al marxista ha de estar dispuesto a dar su propia vida por la Santa Revolución. En compensación, serán declarados «héroes», es decir, modelos de cómo se han de comportar los demás creyentes.

En la Segunda Parte se analiza y describe la Iglesia Marxista Leninista. En primer lugar (Cap. I) se hace un repaso a varios conceptos de religión, incluido el que se utiliza por los mismos teóricos marxistas en su crítica antirreligiosa. Se prueba seguidamente si esos conceptos se verifican o no tanto en la teoría como en la praxis de los marxistas. El resultado es tan positivo que no parece razonablemente negable.

Es más, el Marxismo no sólo aparece como una religión más, sino que revela querer ser la **religión del Proletariado industrial** y, por tanto, siguiendo



Yahvé exigía a sus creyentes una adhesión total de tal manera que la aceptación de otros dioses era el mayor pecado que podían cometer: la idolatría. Entre los cristianos, es el «*pecado contra el Espíritu Santo*». Entre los marxistas es el pecado contra la Santa Revolución: al ser «*contrarrevolucionario*».

una lógica reduccionista, la religión de toda la Humanidad. La miseria, la ignorancia y la masificación del mundo obrero industrial se muestran como sus condiciones de posibilidad. Por eso Marx llegó a decir que esas condiciones sociales del obrero había que agudizarlas al máximo para que la conciencia revolucionaria marxista pudiera germinar y prosperar. Dice:

«Hay que hacer la opresión real más opresora todavía, añadiendo a aquella la conciencia de la opresión, haciendo la infamia más infamante al pregonarla» (MEW, Bd. 1, 1970, p. 381).

Y en otra ocasión Marx y Engels defienden que,

«si los propios demócratas proponen impuestos progresivos moderados, los obreros deben insistir en un impuesto cuya tarifa crezca en tales proporciones que provoque la ruina del gran capital; si los demócratas piden la democratización de la deuda pública, los obreros deben exigir la bancarrota del Estado» (Marx-Engels, 1975, p. 102).

Se trata, pues, de una religión esencialmente obrerista. Hasta tal punto que sólo la «clase obrera» es la portadora genuina de la Santa Revolución, que ha de salvar a la Humanidad. Otras clases sociales, como los campesinos o los intelectuales, sólo son tomadas como meros aliados de ocasión, que habrán de ser obrerizados, colectivizados, en cuanto el Partido suba al poder. Y así sucedió sistemáticamente en los países comunistas.

La máxima expresión actual de la religión marxista, la que quiere ser su versión ortodoxa y la que tiene mayor poder dentro del Marxismo, es la Iglesia Marxista Leninista Soviética, cuyo centro sagrado es el Kremlin.

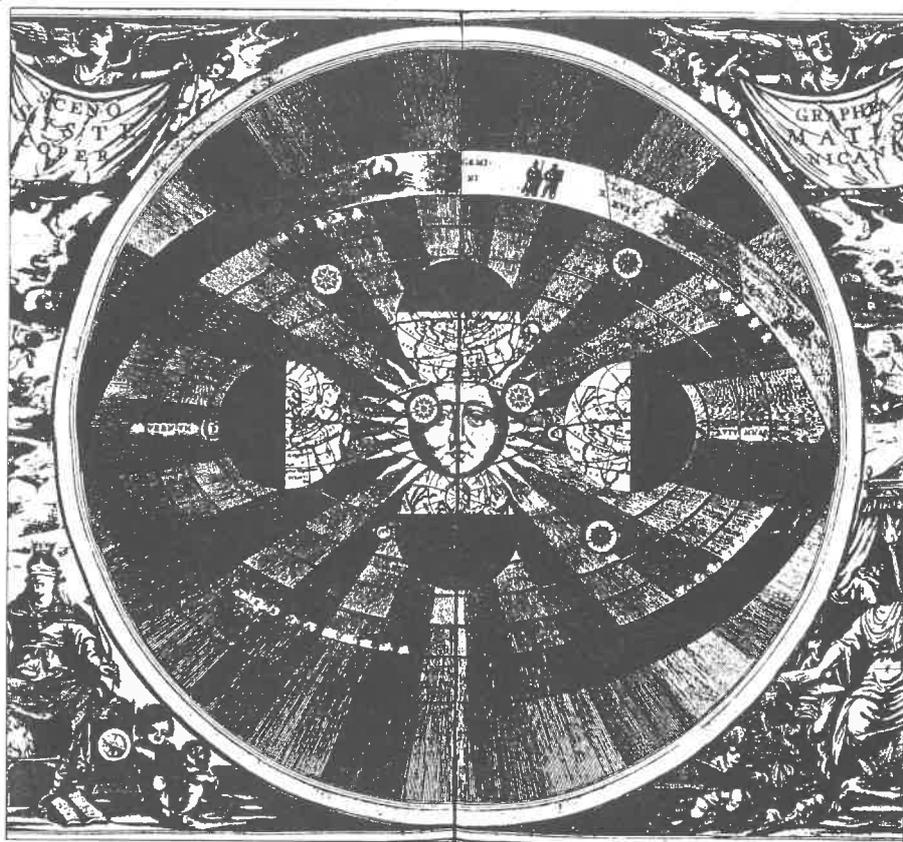
El Marxismo proclama el fin de todas las religiones a medida que él se vaya imponiendo. Entre, pues, en confrontación con todas las otras religiones tanto ideológicamente como en la práctica. Por eso, el problema de las relaciones del marxismo con las distintas religiones es uno de los más acuciantes que esta ideología y las religiones que se relacionan vitalmente con ella tiene planteados.

Ahora bien, el planteamiento del problema cambia substancialmente si, en vez de partir del supuesto de que el Marxismo es radicalmente ateo, se parte del hecho de que es una nueva religión; si se tiene en cuenta que su ateísmo es relativo y que es sólo la otra cara de su carácter religioso.

Teniendo esto en cuenta, el fenómeno de la **teología de la liberación**, que tanta fuerza informativa está teniendo en nuestros días, adquiere un nuevo planteamiento. La teología de la liberación de orientación marxista requiere una nueva interpretación. Sus pretensiones de utilizar el método marxista de análisis social, basado en la teoría de la lucha de clases, como un método estrictamente científico y que puede ser usado, como tal, independientemente del resto de la teoría marxista (Boff, 1981, p. 76); se ven muy dificultadas, si es que el Marxismo es una nueva religión y si su carácter científico se queda en un mero cientifismo, como creo que demuestro en el Cap. VI de la Primera Parte:

El planteamiento, entonces, no es el de las relaciones entre una religión, como el Cristianismo, y una ideología radicalmente atea, que tiene un método científico de análisis de los fenómenos sociales. Más bien se trata de las relaciones entre dos creencias religiosas; de las relaciones entre divinidades o dioses diferentes o, mejor dicho, de las relaciones entre distintas concepciones de la divinidad.

Por todo ello, se concluye que, si bien los cristianos con simpatías marxistas y los marxistas pueden caminar juntos durante determinados trechos del camino de la lucha por la liberación de los oprimidos, al final del trayecto se



La visión «científica» que el Marxismo ofrece de la realidad cierra, por principio, el paso a todo posible revolución copernicana. Su visión dialéctica del Universo no puede fallar

En la imagen la Harmonia macrocosmica de la Scenographia systematis copernicani.

van a encontrar con la incompatibilidad de sus dioses que, por ser tales, querrán, cada uno para sí, todo el poder. Al final surgirá la lucha entre esos dioses liberadores por liberarse los unos de los otros y por conquistar el poder absoluto de la sociedad y de las conciencias.

Esto ya lo preveyó Lenin cuando explicó cómo utilizar a los curas pro-marxistas. Dice J. F. Morra (1976, trad. 1979, pp. 10s.):

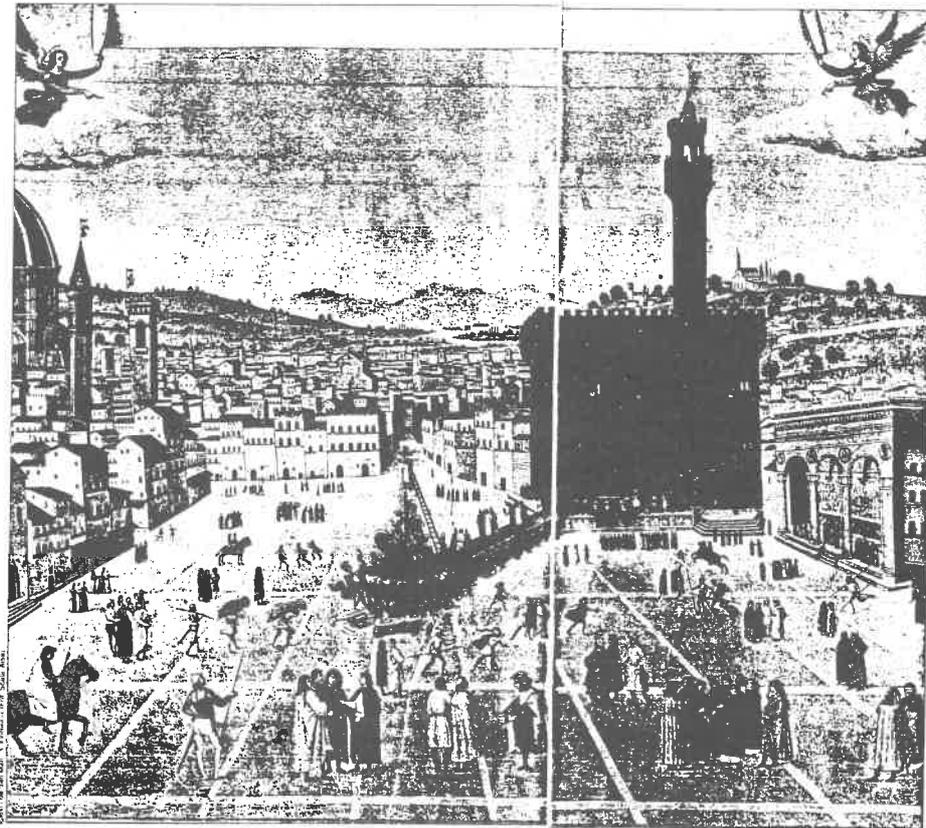
«Lenin, a la pregunta de si un cura puede ser admitido en el partido socialdemócrata, responde que no se puede contestar, en sentido absoluto, ni sí ni no. Todo depende del hecho de si es un cura "incómodo" (es decir, de buena fe), o un cura "cómodo" (es decir, por simplicidad u oportunismo, al servicio de los trabajadores)».

El texto de Lenin es el siguiente:

«Si un sacerdote viene a nosotros para desarrollar un trabajo político común, y desarrolla concienzudamente su misión, sin tomar posiciones contra el programa del Partido, podemos admitirlo en las filas de la socialdemocracia, por que la contradicción del espíritu y de las bases de nuestro programa con las convicciones religiosas del sacerdote podría quedar, en estas condiciones, en una contradicción suya, que le atañe sólo de forma personal; y una organización política no puede someter a sus miembros a un examen para saber si existen o no en ellos contradicciones entre sus opiniones y el programa del Partido. Pero se comprende que un caso semejante sería una rara excepción en Europa; en Rusia, con mayor razón, es del todo improbable. Y si, por ejemplo, un sacerdote entrara en el Partido socialista-democrático y desarrollara como acción principal y casi exclusiva, una propaganda activa de los principios religiosos, el Partido tendría que expulsarlo necesariamente de su seno. Nosotros tenemos no sólo que admitir, sino trabajar para traer al Partido socialdemócrata a todos los obreros que conserven todavía la fe en Dios, y estamos absolutamente en contra de cualquier acción que afecte a sus convicciones religiosas; pero los atraemos para educarlos en el espíritu de nuestro programa, y no para que ellos lo combatan activamente. En el interior del Partido admitimos la libertad de pensamiento, pero sólo dentro de ciertos límites, determinados por la libertad de asociación: no debemos marchar al lado de los propagadores activos de puntos de vista rechazados por la mayoría del Partido» (Lenin en Hugo Assmann-Reyes Mate, 1975, II, p. 275).

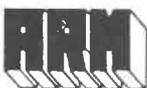
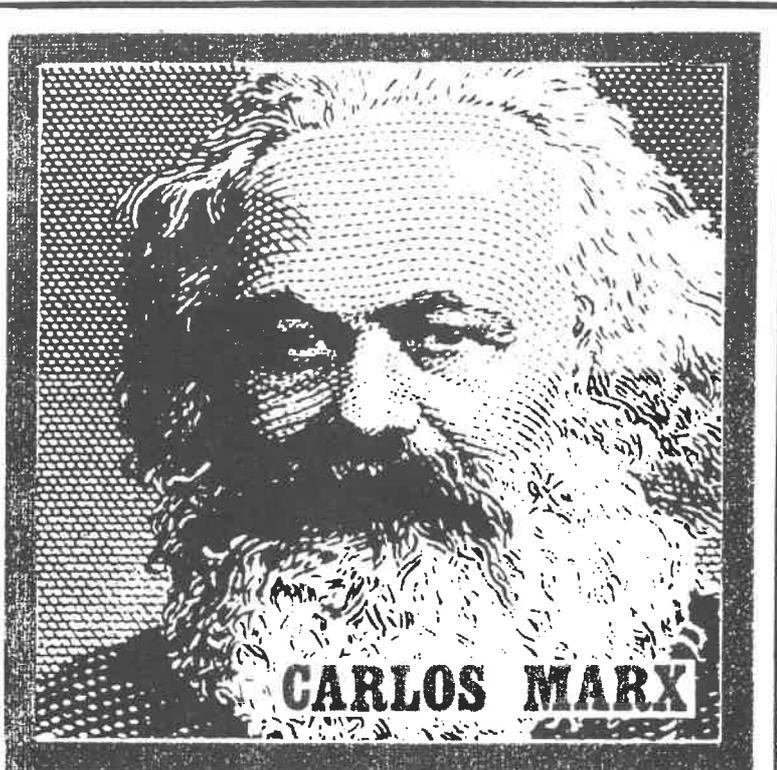
El partido socialdemócrata a que Lenin se refiere es el Partido Comunista de hoy. Y la tolerancia religiosa de Lenin con los curas sólo llega hasta donde el programa y los intereses del Partido no se pongan en peligro. Al Final, el cura se encontrará con que sus dioses tendrán que someterse al dios Partido.

En el cap. III de esta Segunda Parte se presenta el carácter radicalmente maniqueo del Marxismo como una prueba más de su carácter religioso. Es maniqueo porque divide toda la realidad social en dos partes irconciliables: la buena (la marxista) y la mala (todo lo demás, incluido bajo el calificativo de



(Giordano Bruno es quemado en la hoguera de la Inquisición. Foto tomada en PRADO y otros: **Historia del Pensamiento, II, 1983, Orbis, Barcelona**).

Antiguamente, la Inquisición enviaba a la hoguera a los enemigos más peligrosos de su religión. La religión marxista los envía a hospitales psiquiátricos, campos de trabajo, centros de reeducación especialmente preparados, etc. Y es que la adhesión religiosa exigida en uno y otro caso no admite ni siquiera la posibilidad de la verdad en los declarados como «*enemigos*». Estos o se convierten y purgan sus culpas o deben ser exterminadas. Con el Mal no se pueden tener contemplaciones.



nikolai ivanov

**la vida, la obra y la lucha
del hombre que más
ha influido en la historia
de la humanidad**

Para un creyente marxista, Marx ha sido el «hombre que más ha influido en la historia de la humanidad». Para un mahometano, ha sido Mahoma; para un budista, ha sido Buda; para un cristiano, ha sido Cristo. Todos ellos han sido fundadores de sus respectivas religiones.

«burgués» o «capitalista»); porque considera esa división como insuperable en una «tercera vía» integradora de ambas partes. El Bien y el Mal son dos fuerzas en permanente lucha, que terminará escatológicamente con el triunfo definitivo del Bien en el Paraíso Comunista.

El Marxismo utiliza constantemente un lenguaje maniqueo del que son sólo un ejemplo estas dicotomías, que el lector puede escuchar en cualquier discurso de un marxista o puede leer en muchos de los textos de esta religión:

«burgués».....	«proletario»
«capitalista».....	«obrero»
«reaccionario».....	«revolucionario»
«conservador».....	«progresista»
«de derechas».....	«de izquierdas»
«fascista».....	«comunista»

etc.

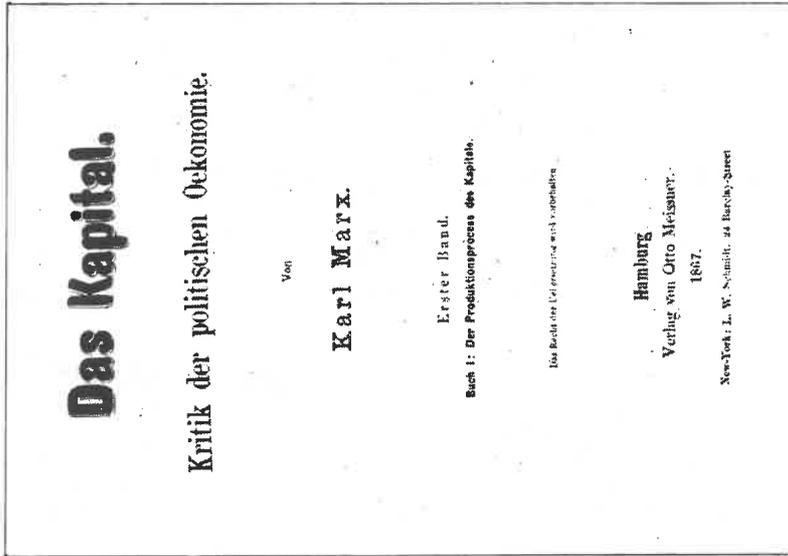
Los primeros son malos, por principio; mientras los segundos son siempre buenos.

Consecuentemente a este carácter religioso de la concepción marxista de la realidad, se sigue el comportamiento, también religioso, de sus creyentes. El Marxismo tiene sus santos, sus héroes y mártires, sus herejes, sus apóstatas y sus excomulgados. Hasta tal punto es así que está plenamente justificado hablar del santoral marxista (Cap. IV). En él ocupan lugares privilegiados San Marx, San Lenin, San Mao Tsé-Tung, algunas de cuyas biografías no tienen nada que envidiar a las **vidas de santos** escritas por monjes medievales. Que el lector compare, por ejemplo, la **Vida de San Antonio de Padua** (1922) con **La vida de Lenin** de María Prilezháeva (1974).

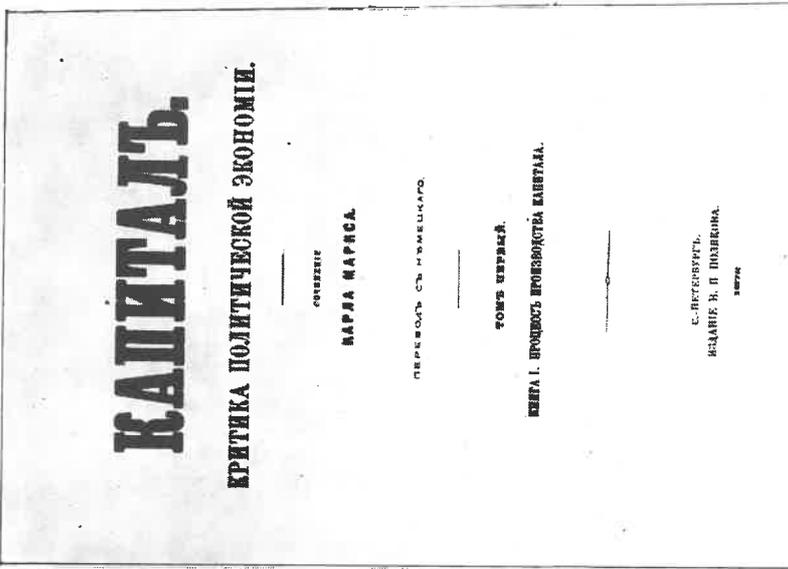
En mi trabajo se recoge también el culto a Pablo Iglesias por parte de la Iglesia Socialista Española, así como el fenómeno del entierro socialista de Tierno Galván. Se incluye, además, un análisis de los mitos del Che y la Pasionaria.

Esta Segunda Parte termina con una descripción del culto marxista (Cap. IV). En ella, con ayuda de abundante aparato gráfico, se habla de los **Libros Sagrados** del Marxismo; de sus **Tiempos Sagrados** o fiestas, de sus manifestaciones o **Procesiones** y de su respectiva liturgia. Se hace un ensayo de formulación del **Credo** marxista con estructuración paralela a la del Credo de los cristianos. Aunque el **Manifiesto Comunista** ejerce de hecho las funciones de un credo religioso o de un catecismo, he preferido formular otro credo marxista en el que se pongan más de manifiesto sus semejanzas estructurales con el Credo cristiano. De esta manera, se aporta un detalle más del carácter religioso de esta ideología.

Se hace también un ensayo de formulación de los **Mandamientos del Marxismo**, sacados de la Constitución de la URSS, modelo de las Constituciones de los demás países comunistas. Esta parte termina con un estudio de los principales **símbolos** de esta religión: la Hoz y el Martillo, el Color Rojo, la Estrella de Cinco Puntas y el puño alzado.



Cubierta de la primera edición de *El Capital*, principal libro sagrado del Marxismo. Según N. Ivánov: «una obra para transformar el mundo». Para los cristianos una obra es la Biblia. Para los mahometanos, El Corán.



Cubierta de la primera edición de *El Capital* en ruso.

La Parte Tercera analiza el carácter religioso del Paraiso Comunista. Este es presentado como el final necesario de una evolución dialéctica de la historia, que ya desde sus inicios apunta hacia la venida del Comunismo salvador. De esta manera, la ideología marxista traza una visión de la historia que bien puede ser calificada como la **historia sagrada del Marxismo**.

Esta, como otras muchas historias sagradas de otras religiones, tiene también sus **mitos de los orígenes**. En la Biblia se habla de un **Paraiso Terrenal**, que se perdió por un **pecado original**. Este corrompió a la Humanidad, por lo que ésta quedó abocada a una permanente lucha por recuperar el Paraiso perdido. La divinidad (Yahvé) promete un **redentor** (auxilio sobrenatural), que redimirá y reconducirá la Humanidad hacia su regeneración. Esta tendrá lugar a partir de un **pueblo elegido**, del que nacerá la **nueva Humanidad**. Su historia terminará, después de una dura **lucha escatológica** entre las fuerzas del Bien y

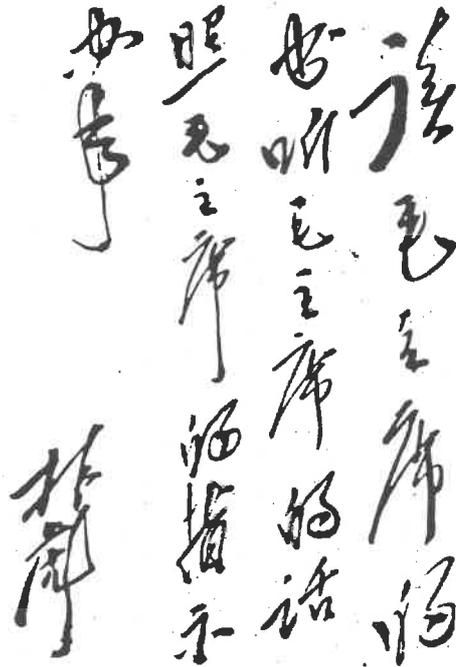


Cubierta de la primera edición del **Manifiesto del Partido Comunista**. Libro sagrado del marxismo, su catecismo fundamental.

del Mal, con el triunfo definitivo del Bien en el **Paraiso Final**, lugar de justicia, libertad y felicidad.

Pues bien, el **Marxismo** tiene también su **Paraiso Terrenal**: el **Comunismo Primitivo**, que se perdió con la aparición de un pecado original: la **propiedad privada**. Esta sumió a la Humanidad en una permanente lucha de clases y fue causa de todos los males. Desde entonces, la Humanidad suspira por recuperar el **Paraiso Perdido**. Pero la pérdida no fue definitiva: de esa Humanidad corrupta un pueblo elegido portará la antorcha encendida de la esperanza de una nueva Humanidad; ese pueblo elegido por la divinidad es el **Proletariado**. Este, con la ayuda recibida de los teóricos marxistas y del Partido (auxilio sobrenatural) será el redentor de toda la Humanidad. La nueva Humanidad, el **hombre nuevo marxista** o comunista surgirá de una dura lucha escatológica entre las fuerzas del Bien (el Proletariado) y las del Mal (la burguesía capitalista). El final será el inevitable triunfo del Bien, que tendrá su plena realización social y cósmica en el **Paraiso Comunista**, lugar de justicia, de libertad y de felicidad.

Este **Paraiso Final Comunista** tiene abundantes **profecías**, que aseguran su venida y que interpretan toda la historia de la Humanidad en función de esa



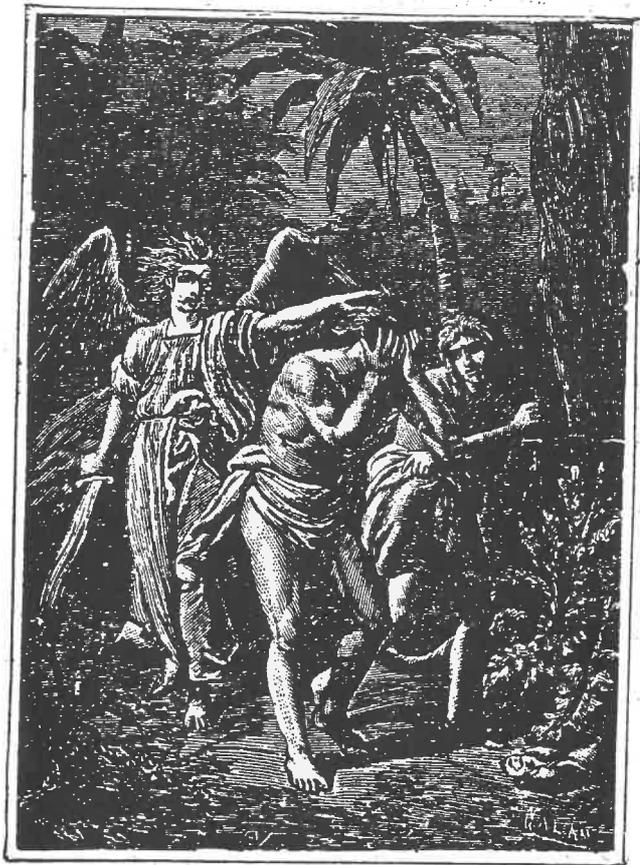
如
照
也
法
毛
之
席
之
席
毛
之
席
之
席
毛
之
席
之
席

«Estudiar las obras del Presidente Mao, seguir sus enseñanzas y actuar de acuerdo con sus instrucciones», regla máxima del creyente marxista chino, según Lin Piao. Esa misma regla es la del creyente mahometano, sólo que en lugar de las obras de Mao, ha de estudiar el Corán; lo es también la del cristiano, sólo que en lugar del Corán o de las obras de Mao, ha de estudiar la Sagrada Biblia.

venida. Tiene sus enemigos o **Anti-Cristos**, entre los que el Presidente Norteamericano Reagan es, en estos momentos, el más feroz y temible.

En ese Paraiso sólo tendrá cabida el hombre nuevo marxista y en él se disfrutará definitivamente de la **Paz Comunista**.

Seguidamente, después de analizar el carácter utópico de la **esperanza marxista** y su contraposición a la esperanza cristiana (Cap. III), abordo lo que se presenta tal vez como el escollo más duro de roer del Paraiso Comunista: el tema de la muerte (Cap. IV). El Marxismo no da esperanza alguna de inmortalidad personal. El individuo humano, en cuanto tal, desaparece totalmente con la muerte. Sólo le queda la esperanza de ser **recordado** por los que siguen viviendo. Pero éstos también mueren y, con ellos, muere el recuerdo de sus antepasados. La mayoría será así, tarde o temprano, reducida al más absoluto



Según palabras textuales de Marx (MEW, Bd. 23, 1971, p. 741), la propiedad privada fue el **pecado original** del que han nacido todos los males sociales de la Humanidad. Esta sólo podrá ser redimida por el Proletariado, bajo la dirección de los teóricos marxistas y del Partido.

silencio. Sólo unos pocos, los «*héroes*» y los santos, que son objeto de culto, gozan de un recuerdo más imperecedero.

El individuo es mortal. Sólo la Especie es inmortal. La Especie, algo abstracto, aunque con un fundamento en la realidad de los individuos, absorbe a estos en su inmortalidad. Es una inmortalidad anónima y colectivista, como los mismos dioses marxistas.

Pero esto trae muchos interrogantes. Se podría preguntar: ¿En esa inmortalidad de la Especie entran también los capitalistas? ¿Sólo los marxistas participan de ella? la teoría marxista deja bien claro que la «*nueva Humanidad*», el «*hombre nuevo*» marxista es el único fundamento del futuro de **toda** la Humanidad. El no-marxista, por tanto, está destinado al exterminio absoluto; ni siquiera participará de esa inmortalidad impersonal de la «*nueva Humanidad*» marxista.



Santa procesión marxista con imágenes de sus mayores «*genios*» y «*héroes*», es decir, sus santos o modelos supremos del espíritu y la conducta revolucionaria.

La liturgia de estas procesiones es minuciosamente preparada. Junto a la liturgia de los símbolos está siempre la liturgia de la palabra en boca de los dirigentes del Partido o de las asociaciones y sindicatos por él controlados. Compárese con una procesión cristiana, por ejemplo: En lugar de la Cruz, la Hoz y el Martillo; en lugar de las imágenes de la Virgen, de San Antonio, etc., las imágenes de Marx, Engels, Lenin, Stalin, etc.; en lugar de estandartes con alusiones a la religión cristiana, pancartas con alusiones a la religión obrera marxista; etc. Los liturgos son los responsables de la organización; los sacerdotes, los dirigentes antes aludidos.

Por otra parte, al Marxismo le resulta fácil justificar la muerte del «héroe rojo», que da su vida por la Santa Revolución. La mística revolucionaria arrastra a muchos jóvenes hacia el «heroísmo», cosa ya muy vieja en la historia de la Humanidad. Pero, cuando ya se haya alcanzado la Paz Comunista (reverso de la Revolución violenta marxista) y la mística revolucionaria ya no tenga razón de ser, ¿Cómo se justifica el tener que morir? ¿Y cómo se justifica la muerte anónima, sin ningún tipo de heroísmo reconocido, de tantos y tantos marxistas que mueren en el más absoluto de los anonimatos?

El mismo E. Bloch, teórico marxista, reconoce la dificultad de responder a estos interrogantes desde la teoría marxista. Dice (1959, III, trad. 1980, 278):

«Una vez eliminada la pobreza y la preocupación por la vida, se alza con dureza la preocupación por la muerte...»

Y es que en el Paraiso Final Comunista

«se ha cerrado el ciclo del desprecio de la muerte, propio de la Revolución heroica. El fuego superletal de la Revolución social no tiene ya ningún alimento en su producto, la sociedad sin clases, o no tiene, por lo menos, ya el mismo»

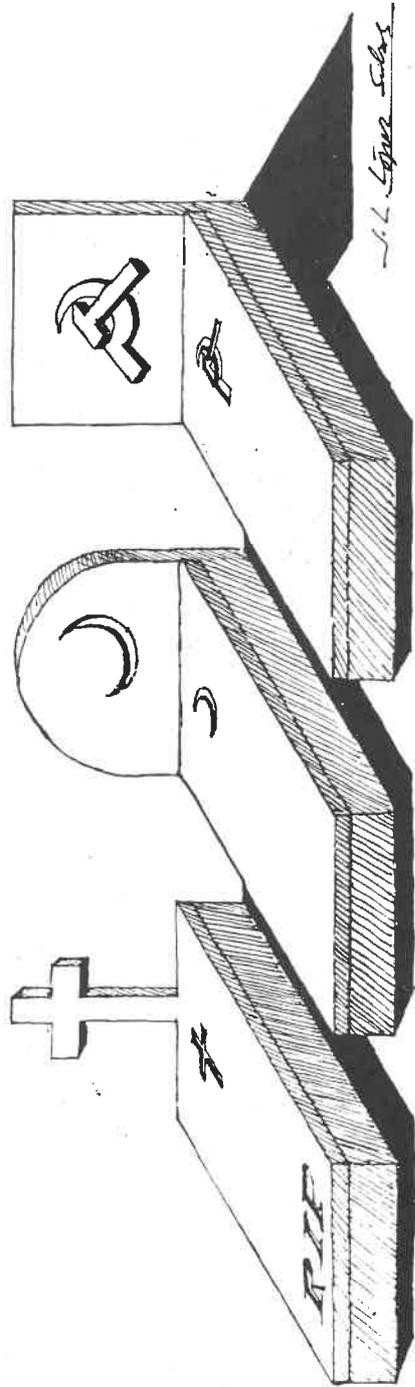
Sin embargo, el culto a los muertos se da en el Marxismo igual que en otras religiones y es tal vez uno de los signos más claros de su carácter religioso.

Al comparar el Paraiso Comunista con otros Paraisos me encontré con la sorpresa de que sus contenidos están influenciados de forma determinante por las condiciones geográficas y socio-culturales de los respectivos creyentes. Si, a pesar de esos condicionamientos, pretenden tener una validez universal, se vuelven claramente etnocentristas. El Paraiso Comunista cae de lleno en esta valoración (Cap. V).

No concibe igual el Paraiso Final un hombre que vive en el desierto y otro que vive en los hielos polares; un hombre que vive en una sociedad medieval y otro que vive en medio de la revolución industrial del siglo XIX. No defiendo con esto la tesis marxista del determinismo económico, pero sí el condicionamiento geográfico-cultural en la formulación de nuestros ideales.

El Paraiso Final es siempre un intento de dar una respuesta absoluta y definitiva a los problemas de la Humanidad. De hecho, sin embargo, se queda siempre en una respuesta imaginada desde una situación geográfica y sociocultural muy concreta; por eso, de realizarse algún día, sólo serviría para resolver los problemas de esa situación concreta de una parte de la Humanidad y en un momento dado. Alvin Toffler dice al respecto:

«Cuando yo era marxista, hacia mis veinte años,..., creía, como muchos jóvenes, tener todas las respuestas. Pronto supe que mis respuestas eran parciales, unilaterales y anticuadas. Más concretamente llegué a comprender que la pregunta correcta suele ser más importante que la respuesta correcta a la pregunta equivocada» (Toffler, 1980, p. 21).



El cuerpo del que muere, tanto del cristiano como del mahometano o del marxista, queda en la sepultura. La muerte aún no ha sido superada por ninguna religión, ni tampoco por la ciencia. ¿Qué hay después de la muerte? Eso sólo desde una actitud de fe religiosa puede ser respondido. Cada religión promete algún tipo de inmortalidad, también la marxista, que habla de inmortalidad impersonal de la Especie Humana. En cualquier caso, se trata siempre de una esperanza, cuyo símbolo suele ser grabado en las lápidas sepulcrales.

Si comparamos el Paraiso Final que nos ofrece el Coran con el que nos ofrece el Marxismo se puede comprobar esta tesis, por otra parte ya muy vieja y descrita por Jenófanes hacia el año 530 antes de Cristo con estas palabras:

«Pero, si los bueyes y caballos y leones tuvieran anos y pudieran crear obras con ellas e hicieran como los hombres, los caballos pintarían a los dioses como los caballos, y los buéyes como los bueyes, y harían sus cuerpos (los de los dioses) de acuerdo con la forma de cada especie» (Jenófanes, Fragmento 15). *«Los etiopes tienen dioses con nariz chata y pelo negro; los tracios tienen dioses con los ojos grises y el pelo rojo»* (Jenófanes, Fragmento 16).

Esta idea de la proyección de las aspiraciones del hombre en las concepciones de sus dioses y paraísos constituye el tema central del análisis de Feuerbach sobre la religión. Yo quiero añadir que esas mismas aspiraciones no son las mismas en cada lugar y en cada época, sino distintas; que están en función de las necesidades no satisfechas que el hombre padece; que la satisfacción o insatisfacción de las necesidades está en función del medio geográfico y socio-cultural en que cada hombre o población vive.

Tanto el mahometano como el marxista cree en un Paraiso Final como elemento motivador para ganar prosélitos y para justificar toda acción, incluso la Guerra Santa o la Revolución, hasta alcanzar el poder. El Paraiso Final fue siempre un arma poderosa para arrastrar masas y también para



Al fondo de la foto se puede observar la larga cola de peregrinos que de todo el mundo marxista acude a visitar el sepulcro del Gran Lenin. Los cristianos peregrinan a los sepulcros de los Santos Apóstoles: al de San Pedro en Roma; al de Santiago, en Galicia, etc.



Esta piedra señala uno de los términos de La Meca (foto tomada de J. Vilarrubias y otros: *Las Grandes Religiones hoy*, Edit. Claret, Barcelona, 1976). En la inscripción se lee: «*A partir de aquí os encontraréis en el recinto de la libertad y de la santidad. Ahora estáis bajo la protección de Al-láh*». Los no musulmanes tienen prohibido entrar en La Meca bajo pena de muerte. Las religiones tienden a reservarse ciertos lugares como sagrados. El Marxismo ya tiene algunos: el Kremlin, el Mausoleo de Mao, forman parte de su lista.

utilizarlas. Ahora bien, cada paraíso ha de responder a las aspiraciones supremas de aquellos a quienes se ofrece. Mahoma necesitaba ofrecer una esperanza tranquilizadora a los soldados de su Guerra Santa en lo referente a sus necesidades ginecológicas, por eso les promete que en el Paraíso habrá

«huríes de grandes ojos negros, semejantes a verdaderas perlas, que serán la recompensa de su fe» (Coran, LVI, 22, 23 y 34).

Y, por si a alguno no le gustan las mujeres, está previsto que en ese Paraíso no falten *«efevos siempre jóvenes»* (Coran, LVI, 17).

Aunque no faltaron socialistas que soñaron con la poligamia o la comunidad de mujeres en el futuro Paraíso Comunista, no fue, sin embargo, un elemento fundamental en la concepción marxista de ese Paraíso (Lefebvre, 1966, trad. 1976, pp. 122s.).

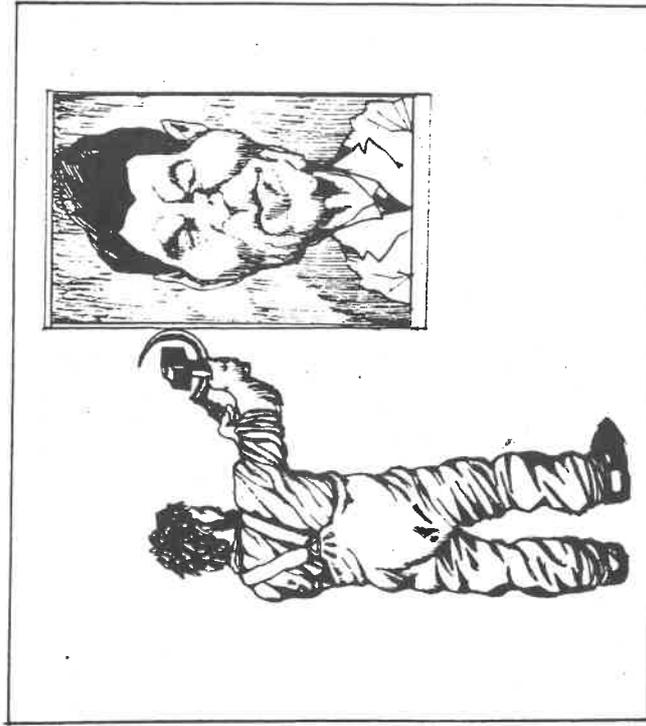
En el Paraíso de Mahoma se vivirá

«en medio de árboles sin espinas y de umbrías muy extensas, junto a aguas corrientes, rodeadas de frutas en abundancia» (Coran, LVI, 27-31).

Parece muy lógico que quien vive en el desierto, donde casi todos los árboles tienen espinos, donde escasean las sombras y el agua corriente y donde los frutos son indispensables para la alimentación, se aspire a una tierra donde abunden todas esas cosas. Sin embargo, ese Paraíso, para un habitante de centroeuropa, donde esas cosas abunda, incluso a veces con demasía, no pueden representar un motivo de esperanza, un ideal por el que luchar. ¿Para qué quiere un alemán árboles sin espinas o sombras o aguas corrientes, si ya los tiene por todas partes?

Sin embargo, para un obrero, que padece en sus carnes todos los sinsabores de una revolución industrial, el Paraíso Final, capaz de darle esperanza y consuelo, tiene que ofrecer elementos muy distintos. Si él se considera explotado, en ese Paraíso tiene que acabarse la explotación; si se considera explotado de las riquezas que produce con su trabajo, ese Paraíso tendrá que ofrecerle abundancia de riquezas sin límite; si se considera manipulado en todos los momentos de su vida, porque la disciplina de la fábrica le controla todo su tiempo, en ese Paraíso tendrá que haber una libertad total para hacer del tiempo lo que a cada uno le plazca; las vacaciones o tiempo para el ocio, de libre elección, no podrán faltar; si en la fábrica se le impone una especialización y hacer siempre lo mismo, el Paraíso habrá de ofrecerle libertad para hacer lo que quiera. Si ahora experimenta que el Estado es el arma más poderosa de quien la explota; en el Paraíso no habrá Estado; si la religión es otro instrumento del que se sirve el explotador, también habrá de desaparecer, etc.

¿Pero qué hubiera representado este Paraíso Comunista para el guerrero que Mahoma enviaba a su Guerra Santa? Seguramente que por ese Paraíso no habría muchos musulmanes que expusieran su vida en una guerra y mucho menos si se le explica que él, individualmente, no lo vería, ya que no existe la



¡Vade retro, Satana!

¡Reagan, go home!

El marxista, en sus procesiones anti-Reagan, a propósito de la visita del Presidente americano a España, repetía: ¡Fuera Reagan! ¡Reagan, go home! ¡Reagan, cerdo!, etc. Reagan es tomado como una verdadera encarnación del Mal; ante ella se esgrime el nuevo signo de salvación: la Hoz y el Martillo. El fraile medieval gritaba en aquellos tiempos, cogiendo la Cruz en su mano, frente a lo que consideraba la encarnación del Mal: ¡Vade retro, Santana!

inmortalidad individual, ni la resurrección. Para el revolucionario marxista es, sin embargo, el motivo supremo para lanzarse a la Santa Revolución y poner en juego su vida por ella. La razón es que responde a necesidades fundamentales del mundo obrero dentro de la sociedad industrializada, principalmente en sus primeras fases.

Poco le preocupaba al guerrero mahometano el alcanzar una sociedad sin división del trabajo, sin propiedad privado o sin división de clases. Son temas propios de otra visión religiosa del mundo.

Al final todos buscan la paz y la felicidad. Pero todos conciben esa paz y esa felicidad desde su punto de vista, integrado por muchos condicionantes, entre los que está también el económico, aunque no necesariamente como el principal.

Por otra parte, la profecía del Paraiso Comunista se está convirtiendo en una **profecía que se cumple a sí misma**. Es decir, como aquello que se profetizó no acaba de cumplirse, se dice que lo que se cumple es lo que se profetizó. Esto, además, va ligado al carácter milenarista con que siempre se presentó al Paraiso Final Comunista. Basta escuchar la canción de la Internacional: los marxistas se encuentran ya en la «*lucha final*», dice la canción. La llegada de ese Paraiso fue repetidas veces anunciada con plazos fijos.

Actualmente, sin embargo, ante el no cumplimiento de la profecía, se opta por alejarlo cada vez más dividiendo y subdividiendo indefinidamente los períodos previos que se han de cumplir antes de que llegue. De esa manera, se da la impresión de que se avanza, porque es fácil argumentar que se pasa de un período a otro, aunque en realidad se permanezca en el mismo sitio o incluso se retroceda. Pasa algo así como con la carrera de la tortuga y Aquiles. Inicialmente se concede una ventaja a la tortuga, puesto que es mucha más lenta, para ver cuál de los dos llega primero a la meta señalada. Pero, como la distancia entre Aquiles y la tortuga se puede dividir hasta el infinito: en dos mitades, en la mitad de la mitad, etc., resulta que el tiempo para recorrer todas esas mitades (que son infinitas, puesto que la divisibilidad no tiene fin) es infinito. Luego Aquiles nunca alcanzará la tortuga. Siguiendo el mismo razonamiento, ninguno de los dos alcanzaría la meta. Sin embargo, se da la impresión de que se avanza. Es decir, el acercamiento de Aquiles a la tortuga se puede retrasar lo que se quiera y llevarlo incluso hasta la misma imposibilidad teórica de terminar algún día.

Así argumentaba Zenón 500 años antes de Cristo, enredando a sus contemporáneos con estas y otras habilidades argumentativas (Fraile, 1956, pp. 154-160). Algo parecido hacen hoy los teóricos marxistas al dividir y subdividir sin fin las fases precomunistas, para explicar a sus creyentes por qué el Paraiso Comunista no acaba de llegar. Esa es la manera como la profecía de su Paraiso se está convirtiendo en profecía que se cumple a sí misma. Así cualquiera puede arriesgarse a hacer profecías, sin miedo alguno a equivocarse. Kosoláпов, Director de la revista **Kommunist**, ante los repetidos fracasos de la fijación de plazos para la llegada del Paraiso Comunista, pide paciencia a la clase obrera y aclara que esa llegada «*es un cometido de muchos años*» (Kosoláпов, en Andrópov y otros, 1983, pp. 148s. y 159).



Versión cubana del Paraíso Comunista en la que Fidel Castro es representado como un moderno Mesías en un mural colocado en la entrada del mercado municipal de La Habana. Se trata de una versión un tanto rural, tal como exigen las circunstancias de la vida cubana, del Paraíso Comunista que en su descripción original por Marx y Engels tiene un carácter marcadamente industrial.

(Foto tomada de McLellan: *Marx: su legado*, Edic. Quarto, Barcelona, 1984).

Pero, ante este progresivo alejamiento de la llegada del Paraíso Final, uno se pregunta si los teóricos marxistas no terminarán declarando ese Paraíso como algo trascendente a la historia. El trabajo termina planteando, además, si no tendrá un cierto carácter sobrenatural. La razón está en que, para el creyente marxista, la dialéctica es una ley universal; élla rige todos los fenómenos de la Naturaleza y de la cultura. Según esa ley, cada fenómeno es negado por su contrario y ambos son **superados** o transcendidos en un fenómeno superior.

Pero, con la llegada del Paraíso Comunista, esa ley se suspende, porque ese Paraíso ya no podrá ser negado ni superado por otros que le sean contrarios o superiores. En él, por tanto, se suspende la ley fundamental de la evolución. Tiene, pues, el carácter de un **suceso extra-ordinario**, ya que se sale de las leyes que ordinariamente rigen todos los fenómenos. Es una especie de **consumación** de la historia, que a la vez es trascendente e inmanente a la misma.

CONCLUSIONES

Del trabajo realizado se pueden, sin duda, sacar muchas e importantes conclusiones. Cada lector sacará las suyas. Yo, como autor, también he sacado las mías, algunas de las cuales quiero exponer y, sobre todo, aquellas que afectan no ya sólo al Marxismo, sino a la religión y al hombre en cuanto tales.

Según C. Marx (NEW, Bd. 1, 1970, p. 378),

«la crítica de la religión es la condición primera de cualquier otra crítica»

y

«el fundamento de la crítica de la religión es este principio: El hombre es quien hace la religión y no la religión al hombre».

Los teóricos marxistas, una vez sentados estos principios, se esfuerzan en averiguar por qué el hombre crea la religión. Su conclusión es que nace como consecuencia de la situación de ignorancia, miseria y esclavitud en que el hombre se encuentra. Como remedio, se proponen, con su análisis crítico de la sociedad, de la historia y de la Naturaleza en general, hacer pura ciencia, dar de una vez para siempre una interpretación científica de la realidad, que saque a la Humanidad de su ignorancia y la ponga en el camino de la abundancia de riqueza para todos. De esa manera la religión será innecesaria y desaparecerá automáticamente. Este es su objetivo central.

Con este trabajo creo haber demostrado suficientemente que el Marxismo, lejos de encontrar esa vía científica de liberación definitiva de todo comportamiento religioso, lo que ha hecho es **crear una nueva religión**. De esto se siguen importantes consecuencias. En primer lugar, si esto es así, las duras críticas que el Marxismo hace a **toda** religión, ahora se vuelven contra él mismo, en cuanto religión.

En segundo lugar, se confirma, una vez más que, cuando el hombre intenta superar toda religión, termina creando una nueva religión. La historia ya tiene muchos ejemplos. Entre ellos sobresalen el caso de Comte y el de Feuerbach. El Marxismo es, en este sentido, repetición de un viejo esfuerzo humano. Todo ello lleva a la conclusión de que, si bien la religión es en parte un producto humano, no menos cierto es que el comportamiento religioso se presenta como algo esencial al hombre. El hombre es en su mismo ser un producto religioso por naturaleza. Hace la religión necesariamente, aunque la puede hacer de muchas maneras. Cuando intenta acabar con ella, termina haciéndola de otra manera.

La religión no es, pues, algo meramente circunstancial, de manera que, cambiadas las circunstancias, el hombre deje de crear religiones. A no ser que se admita que el Marxismo no ha cambiado en absoluto aquellas circunstancias que han originado la religión, conclusión tal vez más dura de admitir para el Marxismo que la anterior, pero que contaría con apoyo empírico muy difícil de desmentir. Pero dado que es un esfuerzo humano históricamente repetido y que nunca ha conseguido su objetivo, parece lógico concluir que la religión es algo radical, originario, en el ser humano, de tal manera que siempre que se le intenta eliminar, se le confirma aún más.

El Marxismo crea una nueva religión que, por otra parte, tampoco es tan nueva, pues repite estructuras de comportamiento tan viejas como el hombre mismo. Crea un nuevo lenguaje religioso, pseudocientífico, con pretensiones de infalibilidad y de monopolio de la verdad, igual que otras muchas religiones, como el Cristianismo o el Islamismo.

Pero si es claro que todo hombre cree, aún cuando pretende acabar con toda creencia, no es menos claro que ninguna religión tiene, aunque lo pretenda, el monopolio de la religión. (Panikkar, 1985, pp. 15 y 45).

A la ideología marxista le sucede algo así como lo que los neopositivistas dicen de la metafísica. Según ellos, la Metafísica es sólo una expresión de una actitud emotiva ante la vida. Pero, si el Arte, la Poesía, la Música, etc., son expresiones adecuadas de esa actitud, la Metafísica sólo consigue ser una expresión inadecuada. Se queda en eso porque pretende ser mucho más que eso: una teoría científica de la realidad. Si el músico es el que mejor expresa esa actitud emotiva, el metafísico es un mal músico, un músico fracasado, que confunde ciencia y Arte, teoría y expresión artística (Ayer, 1959, trad. 1978, pp. 84-87 y 150).

El Marxismo quiere ser la visión científica del mundo, definitivamente conseguida. Sin embargo, según los resultados de este trabajo, hay que decir que sólo consigue ser una visión metafísica y religiosa del mismo, confundiendo la ciencia con sus creencias y la verdad con sus certezas.

La Humanidad ha tenido, y seguramente seguirá teniendo, a través de su Historia, muchas ofertas de salvación por parte de otros tantos salvadores. El problema no es encontrar quién nos salve. El Problema es saber distinguir qué salvador trae la oferta verdaderamente liberadora y cuáles esconden tras su

salvación una nueva forma de esclavitud. Jesucristo, ante este problema, dió un criterio:

«Por los frutos los conoceréis».

Parece que es cuestión de no fiarse mucho de las teorías salvíficas y de sus promesas. Lo más seguro es analizar sus obras, sus realizaciones. Pero entre los frutos del Marxismo, que sin duda los hay buenos, están millones de muertos en sus revoluciones violentas y una mayor esclavitud, aunque religiosamente justificada, allí donde subió al poder.

Y es que, como dice Lluís Duch (1985, p. 114),

«la religión, como cualquier fenómeno humano, es ambigua: sirve para lo mejor y para lo peor; puede ser una ventana abierta al futuro del hombre y puede convertirse asimismo en un mecanismo de poder encaminado a establecer la dominación del hombre por el hombre».

Desde una visión superficial del Marxismo da la impresión de que es una nueva religión de los pobres. Sin embargo, después del análisis aquí realizado no parece muy descarrado concluir que más bien se trata de una **religión del poder**, que utiliza a los pobres para alcanzarlo y la fuerza militar para conservarlo, como ya lo hicieron otras anteriormente.

Por otra parte, como dice Mounier (1949, trad. 1980, p. 51),

«se ha podido demostrar que las religiones dan forma a los paisajes y a las cosas tanto, si no más, que las condiciones materiales».

Es decir, las creencias religiosas tienen una gran fuerza transformadora de la realidad. Un ejemplo de ello son las grandiosas creaciones arquitectónicas y artísticas de todo tipo inspiradas por la fe religiosa.

Pues bien, el Marxismo, aunque con máscara de *«ciencia»*, está creando toda una visión de la realidad y una transformación cultural, fruto de una fe religiosa que nada tiene que ver con el realismo científico. Sus obras arquitectónicas de significado revolucionario, sus obras de pintura, de música, sus símbolos, sus fiestas, etc. tiene una muy difícil, si no imposible, explicación científica fuera de aquella que las fundamenta en una actitud religiosa.

Entre las conclusiones de este trabajo parece que está bien justificado el incluir este texto de Engels sobre cómo fue el hombre creando mitos a través de la historia:

«Cualquier religión no es sino el reflejo fantástico, en la cabeza de los hombres, de las fuerzas exteriores que dominan su vida diaria; al reflejarse dichas fuerzas terrestres toman el aspecto de fuerzas supraterrrestres. En los comienzos de la historia, con las fuerzas naturales las que se reflejan y las que en el curso de la historia revisten, en los diversos pueblos, las personificaciones más diversas y variadas...

Pero pronto entran en actividad, junto a las fuerzas naturales, fuerzas sociales; éstas, primeramente, se presentan a los hombres, con el mismo

carácter de extrañeza inexplicable y dominan a los hombres con la misma necesidad aparente que las fuerzas naturales. Los fantasmas de la imaginación, que primero reflejan sólomente las fuerzas de la naturaleza, reciben, pues, atributos sociales y se vuelven representantes de fuerzas históricas...». (MEW, Bd. 20, 1971, p. 294).

Es decir, el hombre, primeramente, convierte en mitos aquellas fuerzas de la Naturaleza que él no comprende y que lo dominan. En una segunda fase, mitifica por las mismas causas ciertas fuerzas sociales. En una tercera, continúa el texto de Engels, centra esa mitificación en un sólo Dios todopoderoso.

Ahora bien, el creyente marxista, según los resultados de este trabajo, no se libra de esta ley. Es un hecho comprobado que también él mitifica ciertas fuerzas sociales como Pueblo, Proletariado, Partido, Revolución. Es decir, una vez más, la crítica marxista de la religión se ha convertido en un verdadero bumerang.

El Marxismo quiere deshacerse de la palabra «dios» (la ha suprimido de sus diccionarios) y de la palabra «religión». Pero el deshacerse de las palabras no conlleva necesariamente el deshacerse de la realidad. Poco importan las palabras si los comportamientos y la lógica que rige los pensamientos siguen siendo religiosos.

De hecho la historia de las religiones confirma de múltiples maneras que los dioses que el hombre adora, los mitos en los que cree, no siempre se presentan de forma consciente y expresa como tales. Lo que el creyente toma como absoluto o sobrenatural lleva en sí de alguna manera la divinidad. El que se le llame «Dios» o «Partido», «Espíritu» o «Materia», etc, es más cuestión de lenguaje que de realidades.

Los economistas soviéticos de los últimos años se afanan en descubrir y formular la «Ley económica fundamental del Socialismo». Ya hicieron varias propuestas al respecto y se dieron discusiones al más alto nivel sobre el tema (Chambre, 1974, trad. 1979, pp. 40-85). Pero los economistas soviéticos, aunque se les permite tener pequeñas diferencias entre ellos, han de someterse siempre a los principios del Materialismo dialéctico e histórico. Por eso yo preguntaría si sus propios prejuicios ideológicos no les impedirán descubrir la ley que buscan y si sería muy descarriado pensar que esa ley que buscan es de carácter religioso.

Según Marx, la ley fundamental que mueve la economía capitalista es la plusvalía y el sistema de mercado. Pues bien, tengo la impresión de que el factor fundamental que mueve la sociedad marxista es de carácter religioso: es la entronización de la Santa Revolución y de su Partido en los altares ocupados antes por los dioses de otras religiones. Todo lo demás se subordina a ese objetivo. Pero es difícil que por sí mismos descubran el carácter religioso de esa motivación básica, ya que por principio la religión queda totalmente excluida de su manera de pensar.

Otra de las conclusiones que se siguen de este trabajo es que todo tratamiento del Marxismo que no tenga en cuenta su dimensión religiosa corre el

riesgo no sólo de interpretarlo mal, sino también de tomar actitudes equivocadas ante él. El carácter antirreligioso con que el Marxismo se presenta a sí mismo está causando muchos errores de apreciación de sus doctrinas y de su praxis.

Si el Marxismo es una religión, yo diría que se equivocan quienes pretenden luchar contra él reduciéndolo a mera ideología política, a un partido político más, a una mera teoría económica, o a un mero comportamiento basado únicamente en intereses de poder. También diría al marxista, que se limita a creer y entregarse fanáticamente a sus creencias, que tenga en cuenta aquel lema de S. Anselmo:

*«Cum ad fidem perveneris,
negligentiae mihi videtur
no intelligere quod credis»*

Esa inteligencia de la propia fe le hará más racional en su comportamiento, más comprensivo con otras religiones, menos etnocentrista en sus pretensiones universalistas.

Es un hecho histórico de todos conocido el que la religión marxista ha fracasado precisamente allí donde esperaba su mayor triunfo; allí donde apuntaban todas sus profecías como lugar de puesta en marcha de la nueva sociedad: la Europea occidental. Ha prosperado, sin embargo, en países en los que no se cumplían las condiciones que los teóricos marxistas exigían para el desarrollo del Marxismo: Rusia, China, Cuba, etc., países todos con escaso desarrollo industrial. El triunfo de la Revolución en ellos dependió mucho más del campesinado que de la clase obrera.

Es una religión que no prospera en los países de elevado nivel de vida, a pesar de que goza de todas las libertades para trabajar por la Causa, para organizarse, para subir, en igualdad de condiciones que otras opciones políticas, al poder del Estado. En países como los EE. UU. y Canadá, los de toda la Europa occidental, se encuentra con la sorpresa, no esperada por sus profetas, de que los mismos obreros la rechazan cada vez más.

No es, pues, una religión para competir en situaciones de libertad y de alto nivel de vida de los ciudadanos. Es una religión demasiado ligada a las circunstancias históricas del siglo XIX, demasiado ligada a las primeras fases de la industrialización, demasiado ligada a la situación social de ignorancia y de miseria. Esas parecen ser sus condiciones de posibilidad. Hasta tal punto que, donde la ignorancia y la miseria han sido superadas en un cierto nivel, el Marxismo fracasa sistemáticamente. Es una religión de masas ignorantes, empobrecidas y esclavizadas.

Mientras el Capitalismo ha evolucionado sensiblemente desde sus primeros pasos en el siglo pasado hasta nuestros días, la religión marxista no ha cambiado; se mantiene en los mismos principios de análisis social, en las mismas promesas, en el mismo lenguaje. La mentalidad obrera ha evolucionado: es más culta, no está en una miseria desesperada, no se siente tan explotada como el marxista quiere hacerle entender y, consecuentemente, vota

y elige cada vez menos al Partido Comunista. El panorama europeo del PC es todo un testimonio.

La ideología marxista, al querer limitar toda posibilidad de progreso al triunfo y venida de su Comunismo, empobrece la visión de futuro de la Humanidad. Y mucho más, si se tiene en cuenta que ese «*futuro comunista*» es esencialmente etnocentrista, está concebido en función de una cultura centroeuropea; más aún, en función de una época de esa cultura, que no es necesariamente la más representativa ni tampoco se puede decir de forma absoluta que sea la más loable.

El Comunismo marxista dejará, sin duda, sus huellas en la historia, pero se necesita ser un creyente muy incondicional para sostener que se trata de un fenómeno cultural irreversible. Todas las utopías tienen su momento de euforia, pero a todas llegan también su momento de desilusión. Sobre todo si se trata de utopías intrahistóricas; es decir, de aquellas cuya realización se espera dentro de un futuro histórico no lejano.

Las utopías religiosas transcendentales a la historia son más inmunes a las desilusiones; su esperanza ofrece mayor solidez al paso del tiempo; los fracasos históricos por alcanzarlas, lejos de afectarlas negativamente, suele fortalecerlas, porque «*su reino no es de este mundo*». El fracaso por alcanzar un paraíso terrenal es esperado, porque la esperanza está puesta en un paraíso transcendente.

Sin embargo, aquellas utopías que fomentan la esperanza en un paraíso immanente, como el comunista, se ven heridas de muerte cada vez que experimentan un fracaso en la lucha por alcanzarlo.

Tal vez sea esta una de las razones por las que se han dado tantos suicidios de comunistas rusos después de la Revolución de Octubre de 1917 (Hernández Sandoica, 1984, p. 46); o entre los que participaron muy directamente en la guerrilla y en el triunfo de la Revolución Cubana (Montaner, 1983, pp. 14 os).

Estamos, pues, ante una nueva religión, pero que, o mucho se transforma, o ya se está quedando envejecida. Cada vez se pone más en evidencia su incapacidad para dar cumplimiento a sus promesas.

Ante esta situación, el Partido toma periódicamente la salida de las «*purgas*» dentro de él mismo. Se trata de una verdadera «*caza de brujas*» con la que se quiere justificar de cara al mismo Partido el repetido fracaso en los objetivos de la Santa Revolución. Esta no puede fracasar. Entonces hay que buscar por qué no alcanza sus objetivos. Se hace así necesario encontrar chivos expiatorios.

El Marxismo, una vez analizado su fondo religioso, aparece a los ojos de muchos, no creyentes en él, como una inmensa farsa en la que

- se promete paz, pero de momento se ofrece guerra,
- se promete justicia y se ofrece explotación,
- se promete secularidad y se presenta fanatismo religioso,

- se promete libertad, pero se da dictadura,
- se promete confianza, pero se fomenta el miedo y el terror,
- se presenta como progreso, pero se retorna a comportamientos primitivistas.
- se promete riqueza, pero se dan cartillas de racionamiento,
- se predica igualdad, pero se crean nuevos privilegios y clases sociales.

No obstante, para el creyente marxista, esa guerra es santa, esa explotación es servicio sagrado, ese fanatismo religioso es celo revolucionario, esa dictadura es la verdadera democracia, ese miedo es santo temor a las nuevas divinidades, ese primitivismo es sano naturalismo, esas cartillas de racionamiento es el sacrificio que exige la Santa Revolución a cambio de la liberación que trae, esos privilegios y clases sociales son sólo distintos grados de acercamiento al «hombre nuevo», etc.

Y es que la fe verdaderamente mueve montañas. O, como dice Campoamor,

*«en este mundo traidor
nada es verdad ni mentira.
Todo es según el color
del cristal con que se mira»*

Por eso, si Lenin viviera, seguramente que calificaría este trabajo y a su autor de «reaccionario», «contrarrevolucionario», «burgués», «capitalista», «idiota», «idealista», «filisteo», «enemigo» del Pueblo, de la clase trabajadora, del Proletariado, del Partido, de la Humanidad, difícilmente convertible en un «hombre nuevo», etc. Pero no creo que falte quien lo haga en su nombre y, de esa manera, confirme una vez más la tesis central del mismo:

El Marxismo es una religión

La tesis está avalada en el trabajo con más de cuatrocientos grabados y fotografías que muestran gráficamente los distintos aspectos religiosos del Marxismo.

BIBLIOGRAFIA

- ANDROPOV, Yu. y otros (1983): *Carlos Marx y la actualidad*, Progreso, Moscú.
- ANONIMO (1922): *Vida de San Antonio*, Administración del Apostolado de la Prensa, Madrid.
- AYER, A. J. (1959): *Logical positivisme*, The Free Press of Glencor, Chicago. Trad., F.C.E. 1978.
- BLOCH, E. (1959): *Das Prinzip Hoffnung*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt. Trad. Aguilar de Ediciones, 1977-1980, I-III.
- BOFF, L. (1981): *La fe en la periferia del mundo*, «Sal Terrae», Santander. Versión original en portugués: *A fé na periferia do mundo*, Edit VOZES, Petrópolis, 1978, Brasil.
- BORZUNOV, S. (1985): *Ciudades heróicas*, Nóvosti, Moscú.
- CHAMBRE, H. (1979): *La evolución del marxismo soviético*, Tecnos, Madrid. Versión original: *L'évolution du marxisme soviétique*, Editions du Seuil, 1974, Paris.
- DUCH, Ll. (1985): «Esbozo metodológico de una antropología de la religión», en *Anthropos*, 53-54, pp. 110-120.
- ELIADE, M. (1970): *Traité d'histoire des religions*, Payot, Paris. Trad. Cristiandad, 1981.
- FRAILE, G. (1956): *Historia de la Filosofía, I: Grecia y Roma*, BAC, Madrid.
- HUGO ASSMANN-REYES MATE, (1975): *Sobre la religión*. Sígueme, Salamanca.
- KISOLAPOV, R. (1983): «Marx, siempre actual», en ANDROPOV y otros, 1983, pp. 123-166.
- LEFEBVRE, H. (1966): *Pour connaître la pensée de Karl Marx*, Bordas Editeur, Paris. Trad.: *Síntesis del pensamiento de Marx*, Nova Terra, 1976, Barcelona.
- LENIN, V.I. (1975-1978): *Obras Completas*, I-XLVI, Akal Editor, Ayuso, Madrid.
- McLELLAN, D. (1983): *The legacy*, British Broadcasting Corporation. Trad. *Marx. Su legado*, Ed. Quarto, 1984, Barcelona.
- McLELLAN, D. (1983): *Karl Marx. The legacy*, British Broadcasting Corporation. Trad. *Marx. Su legado*, Ed. Quarto, 1984, Barcelona.
- MARX, K. y ENGELS, F. (1964 y ss.): *Werke*, 1-44, Dietz Verlag, Berlin. (Citado MEW).
- MARX, K. y ENGELS, F. (1975): *Obras escogidas*, I-II, Ayuso, Madrid. Versión alemana *Ausgewählte Schriften*, Dietz Verlag, Berlin, 1970.
- MONTANER, C. A. (1983): *Fidel Castro y la revolución cubana*, Playor, Madrid.
- MORRA, G. (1976): *Marxismo e religione*, Rusconi Libri. Milan, Trad. Rialp. 1979, Barcelona.
- MOUNIER, E. (1949): *Le Personalisme*, Presses Universitaires de France, Paris. Trad. EUDEBA, 1980.
- PANIKKAR, R. (1985): «La filosofía como estilo de vida», en *Anthropos*, 53-54, pp. 12-15.
- PANIKKAR, R. (1985): «La religión del futuro», en *Anthropos*, 53-54, pp. 42-48.
- PRILEZHAEVA, M. (1974): *La vida de Lenin*, Progreso, Moscú.
- STEUSSLOFF, H. y otros (1974): *Dialektischer und historischer Materialismus*, Dietz Verlag, Berlin.
- TOFFLER, A. (1980): *La tercera ola*, Plaza y Janés, Barcelona.
- VILARRUBIAS, J. y otros (1976): *Las grandes religiones hoy*, Edit. Claret, Barcelona.